

# Meandros del odio y de la admiración en *Fortunata y Jacinta* de Benito Pérez Galdós

## Meanders of Hatred and Admiration in Benito Pérez Galdós's *Fortunata y Jacinta*

LAVINIA SIMILARU  
*Universitatea din Craiova*

### Palabras clave

**Benito Pérez Galdós; realismo; *Fortunata y Jacinta*; odio; admiración.**

*Fortunata y Jacinta* es la obra maestra de Benito Pérez Galdós, la novela donde el arte del escritor alcanza el apogeo. Más allá del valor documental y antropológico de la novela, los críticos han destacado la profundidad de los caracteres. Galdós desentraña de una manera finísima los pensamientos más íntimos de sus personajes, sobre todo de las dos mujeres.

*Fortunata y Jacinta* son dos grandes rivales, enfrentadas por el amor de Juan Santa Cruz, un joven burgués acomodado, que las seduce a las dos. Fortunata odia a Jacinta y envidia su condición de digna esposa del hombre que ella ama. No duda en calumniarla. Pero, a lo largo de la novela, la despechada amante tiene la oportunidad de observar a la esposa y, muy a pesar suyo, no puede dejar de admirarla. Se considera superior a la esposa estéril, pero reconoce sus virtudes. El aprecio que Fortunata llega a tener a Jacinta es tan grande, que, cuando comprende que se va a morir, Fortunata pide que su hijo recién nacido sea entregado a su rival, para que Jacinta lo críe.

### Keywords

**Benito Pérez Galdós; Realism; *Fortunata y Jacinta*; hatred; admiration.**

*Fortunata y Jacinta* is Benito Pérez Galdós's masterpiece, the novel in which the writer's artistry reaches its peak. Beyond the documentary and anthropological value of the novel, critics have pointed out the depth of the characters. Galdós unravels in a very fine way the most intimate thoughts of his characters, especially of the two women.

*Fortunata and Jacinta* are two great rivals, due to their love for Juan Santa Cruz, a wealthy bourgeois young man who seduces them both. Fortunata hates Jacinta and envies her status as the honourable wife of the man whom she loves. She does not hesitate to slander her. However, throughout the novel, the jilted mistress has the opportunity to observe the wife and, much to her regret, she cannot help but admire her. She considers herself superior to the sterile wife, but she acknowledges the woman's virtues. The appreciation that Fortunata comes to have for Jacinta is so great that, when she understands that she is going to die, Fortunata asks for her new-born son to be given to her rival, so that Jacinta could raise him.

### 1. *Fortunata y Jacinta* en la creación galdosiana

*Fortunata y Jacinta* es, sin duda, la obra maestra de Galdós. En 1887, cuando la publicó, el escritor dominaba perfectamente su arte. Un arte que aspiraba a reflejar la realidad sin afeites, para dejar a los seres humanos venideros un verdadero documento histórico. En *Fortunata y Jacinta*, el ilustre escritor introduce, igual que en todas sus novelas, elementos históricos, políticos, antropológicos, describiendo con gran exactitud la vida de los españoles de su época. En su *Manual de historia de la literatura española*, Max Aub no duda en afirmar que las novelas de Galdós podrían sustituir los libros de historia española del siglo XIX. Y no se equivoca. Galdós evoca para sus lectores la algarabía de los vendedores ambulantes, el griterío de los niños pobres, que convierten en juguete cualquier cosa inútil y desechada por sus padres, las voces de los cantantes de ópera en el Teatro Real, o las de los tertulianos que juegan al mus en un café, describe el cielo de Madrid en primavera, o el caballo de bronce de la Plaza Mayor cubierto de nieve durante unos días de enero; su avisada pluma nos hace sentir el calor del fuego y tomar parte al alboroto de la gente cuando hay un incendio en el mercado y se echan a perder varios puestos modestos de vendedores menesterosos. Galdós es “el verdadero creador de lo que entendemos por realismo moderno en la novela española” (Del Río, 1982: 295), ya que “fue el primero en asimilar la lección de Balzac y de Dickens, al par que supo dar sentido nuevo al retorno hacia el antiguo realismo español, apropiándose lo substancial y rehuendo la trampa de la imitación externa” (295).

Los personajes de Galdós tienen oficios típicos de la época y se comportan exactamente como lo hacían los españoles a finales del siglo XIX. La novela *Fortunata y Jacinta* hace relampaguear breves instantes insignificantes de la vida decimonónica. Un pintor de panderetas entra en una taberna y es convidado a unas copas por unos vecinos. En otro capítulo nos enteramos de que Fortunata renuncia a los servicios de su peinadora, o de que su amante Juan Santa Cruz llama siempre a algún cochero por la calle.

El abanico era un objeto muy querido por las españolas; tanto Fortunata como Jacinta lo usan. La señora de Santa Cruz lo abre en un gesto reflejo, cuando pesa las palabras que le va a decir a un amigo: “Notaban en Moreno palidez mortal, gran abatimiento, y un cierto olvido, extraño en él, de la atención constante que se debe prestar a las señoras cuando se platica con ellas. Jacinta se inclinó un poco hacia él, abriendo su abanico sobre las rodillas, y le dijo en tono muy cariñoso...” (Galdós, 1992: II, 339). Su rival, Fortunata, da al abanico el uso habitual, lo coge porque tiene calor: “La Pitusa tenía mucho calor, y cogiendo un abanico que junto a la almohada tenía, empezó a abanicarse” (466).

Gracias a Galdós sabemos que la lotería navideña no ha cambiado en absoluto; en Navidades, los héroes de Galdós compran billetes de lotería, igual que los españoles de hoy. A la familia Santa Cruz le toca la lotería, y tenemos la oportunidad de comprobar que los décimos se compartían y los números ganadores eran cantados por los niños del colegio de San Ildefonso:

Todos los años compraba un billete entero, por rutina o vicio, quizás por obligación [...] sin que nunca sacase más que fruslerías, algún reintegro o premios muy pequeños. Aquel año le tocaron doscientos cincuenta mil reales. Había dado, como siempre, muchas participaciones, por lo cual los doce mil quinientos duros se repartían entre la multitud de personas de diferente posición y fortuna; pues si algunos ricos cogían buena breva, también muchos pobres pellizcaban algo. Santa Cruz llevó la lista al comedor, y la iba leyendo mientras comía, haciendo la cuenta de lo que a cada cual tocaba. Se le oía como

se oye a los niños del Colegio de San Ildefonso que sacan y cantan los números en el acto de la extracción. (Galdós, 1992: I, 378)

María Zambrano observa que “la maravilla de la existencia, el prodigio y misterio de la realidad y de la vida, corre a través de las innumerables páginas galdosianas, extendiéndose monótonamente sin principio ni fin” (1989: 119).

En sus novelas, Galdós se esfuerza en captar la vida interior de sus héroes, desea que el lector comprenda sus sentimientos y sus vivencias más profundas; “Galdós llega hasta la entraña de sus criaturas, mostrando –como en el caso de Fortunata– las altas y bajas de su ánimo” (Menéndez Peláez; Arellano et al., 2005: 336). Sus personajes son retratos fieles de personas reales de su época; hacen gestos cotidianos y reaccionan con naturalidad, son seres de carne y hueso, con sentimientos y profundidad psicológica.

## 2. Fortunata

La heroína de *Fortunata y Jacinta*, que nace en los bajos fondos, es mujer sencilla, representante del pueblo. Juan Santa Cruz aclara que su amante es “una chica huérfana que vivía con su tía, la cual era huevera y pollera en la Cava de San Miguel” (Galdós, 1992: I, 205). Cuando conoce y deslumbra a Juan Santa Cruz, ella está sorbiendo un huevo crudo, lo que al hombre le repugna. Francisco Caudet observa que “igual atracción y rechazo caracterizarán la relación de Juanito con la joven del huevo crudo” (1992: 184). Juan Santa Cruz se siente atraído físicamente por Fortunata, pero su charla y su compañía le llenan de hastío. A lo largo de la novela, Juanito Santa Cruz tiene con Fortunata una historia llena de meandros y de altibajos, la busca y la abandona alternativamente, hasta la muerte de ella.

Juan Santa Cruz no deja de observar la falta de cultura y de refinamiento, la rudeza de su amante, considera a Fortunata “un animalito muy mono, una salvaje que no sabía leer ni escribir” (1992: I, 205). En otro lugar, el joven burgués le dice a su esposa que Fortunata “hacía que me escribieran, porque la pobrecilla no sabe” (415). La presencia de Fortunata provoca rechazo en Santa Cruz. Él mismo le confiesa a Jacinta, su esposa:

Puedes hacerte cargo de mi tormento, y de lo que yo sufriría teniendo que considerar y proteger, por escrúpulo de conciencia, a una mujer que no me inspira ningún afecto, ninguno, y que últimamente me inspiraba antipatía, porque Fortunata, créelo como el Evangelio, es de tal condición, que el hombre más enamorado no la resiste un mes. Al mes, todos se rinden, es decir, echan a correr... (1992: II, 63)

En cambio, la ausencia de Fortunata provoca en el hombre un recuerdo persistente, mezclado con remordimientos y deseo.

Más tarde, cuando el joven farmacéutico Maximiliano Rubín quiere casarse con ella, Fortunata llega a pulirse un poco y recibe unos rudimentos de educación, para ser digna del hombre que la ha escogido. Es obligada a instruirse por la familia de su prometido, para estar a la altura del futuro marido. El que se lo propone es un sacerdote, hermano de Maximiliano y futuro cuñado de la heroína:

Pues es preciso que se nos someta usted a la siguiente prueba [...]. Hay en Madrid una institución religiosa de las más útiles, la cual tiene por objeto recoger a las muchachas

extraviadas y convertirlas a la verdad por medio de la oración, del trabajo y del recogimiento. (1992: I, 568)

Maximiliano había descubierto que “lo esencial del saber, lo que saben los niños y los paletos, ella lo ignoraba, como lo ignoran otras mujeres de su clase y aun de clase superior” (481).

Fortunata no es mala persona, tiene buenos sentimientos y ama toda su vida al hombre que la desgracia. Juan Santa Cruz la abandona después de embarazarla y se casa con su prima Jacinta. Fortunata es pobre y lo único que se le ocurre es prostituirse. Dice que no sabe hacer nada, a pesar de que cocina muy bien y podría trabajar de cocinera o de criada.

A lo largo de la novela, Fortunata evoluciona. Si al principio es una joven inocente, se vuelve una mujer madura, que juzga sin piedad a los demás. En su espíritu se desarrolla todo un proceso de autoconocimiento y de despertar de la conciencia. A pesar de haber tenido varios amantes, se considera más virtuosa que las mujeres de la alta burguesía, a quienes odia y envidia.

Fortunata se casa con el farmacéutico Maximiliano Rubín y descubre el mismo día de la boda que Juan Santa Cruz le había tendido una trampa, alquilando la casa contigua a la de los recién casados y comprando a la criada de su antigua amante. Fortunata trata de resistir, pero acaba cometiendo adulterio. Exactamente como había asegurado a su esposa, Santa Cruz se aburre y abandona otra vez a Fortunata, enviándole una carta con consejos y una pequeña cantidad de dinero, dos billetes de dos mil reales. Teniendo en cuenta la fortuna que posee, Santa Cruz se muestra una vez más insensible y tacaño. En el primer momento, Fortunata piensa devolverle el dinero, pero el señor Feijoo la convence de que es mejor aceptarlo. En este momento de su vida, Fortunata es muy lúcida y se caracteriza a sí misma con asombrosa sensatez:

¡Qué manera de pagarme! ¡Yo, que lo dejé todo por él, y a los que me habían hecho decente les di una patada!... [...] Soy muy ordinaria. Es mi ser natural; y como a los que me querían afinar y hacerme honrada les di con su honradez en los hocicos... ¡Qué ingrata, ¿verdad?, qué indecente he sido! Todo por querer más de lo que es debido, por querer como una leona. Y para que calcule usted si soy simple, aquí, donde usted me ve, si ese hombre me vuelve a decir tan siquiera media palabra, le perdono y le quiero otra vez. (1992: II, 91)

Como vive apartado de ella, Santa Cruz la recuerda. Merodea por los alrededores de la casa de Fortunata, hasta que un día se topa con ella en la calle, para un simón, le pide que suba, la toca y le dice simplemente, como si nada hubiera pasado: “Hace tiempo, nena negra, que me estoy acordando mucho de ti —dijo Santa Cruz con cariño que no parecía fingido, clavándole una mano en un muslo” (262).

Vuelven a tener la misma relación adúltera de antes, y al final el hombre se cansa de ella y la abandona cuando está otra vez embarazada. Fortunata descubrirá más tarde que la abandona para empezar una relación con su amiga Aurora. De Juan Santa Cruz ya no sabrá nada la pobre Fortunata, se morirá sin saber de él. Juan Santa Cruz no irá a ver a su hijo recién nacido, ni se interesará por él. Fortunata le esperará inútilmente.

Fortunata es un títere manipulado por Santa Cruz, por Maximiliano Rubín, por la tía de Maximiliano Rubín, por el coronel Evaristo Feijoo y por otros personajes, que deciden por ella. Fortunata no decide nada durante su vida, salvo a la mujer que criará a su hijo.

### **3. Jacinta**

La inolvidable esposa de Juan Santa Cruz es dulce, generosa y buena, educada (pero sin llegar a tener una gran cultura, puesto que las mujeres de la época no solían estudiar) y caritativa.

Le entristece enormemente el hecho de no poder tener hijos. Nada haría más feliz a Jacinta que un hijo, pero éste no llega. Se consuela socorriendo a varios niños infelices. Desea criar a un niño, al que supone hijo de su marido y de Fortunata, la amante de este. Al ver al niño, le invade una ola de ternura, a pesar de creerlo hijo de su rival:

Jacinta le sentó sobre sus rodillas y trató de ahogar su desconsuelo, estimulando en su alma la piedad y el cariño que el desvalido niño le inspiraba. Un examen rápido sobre el vestido de él le reprodujo la pena. ¡Que el hijo de su marido estuviese con las carnechas al aire, los pies casi desnudos...! Le pasó la mano por la cabeza rizada, haciendo voto en su noble conciencia de querer al hijo de otra como si fuera suyo. (1992: I, 357)

Más tarde sabe que el niño no es de su marido con Fortunata, Juan Santa Cruz se lo aclara, pero ella saca de todos modos al niño del ambiente malsano donde vive y lo mete en el asilo de Guillermina, donde lo visita a menudo y le lleva regalos.

Adoración, la hija de Mauricia, le inspira asimismo ternura a Jacinta y la esposa de Juan Santa Cruz la ayuda siempre y le promete pagarle los estudios para que se haga institutriz.

No solamente a los niños ayuda Jacinta, sino también a toda la gente pobre. Cuando va a ver al niño, aprovecha para llevar dádivas a las vecinas, no deja de regalar a aquella gente pobre ropa, mantas, medicinas, cosas muy necesarias. Jacinta es siempre generosa, demuestra una gran nobleza de espíritu.

### **4. El odio que se profesan las dos mujeres**

Es harto conocido que Fortunata y Jacinta son dos grandes rivales, aman al mismo hombre y se odian. Pero no es un odio puro, sino un odio matizado, mezclado con varios otros sentimientos.

#### ***4.1. El odio de Jacinta por Fortunata***

El odio que Fortunata le inspira a Jacinta se muestra desde el principio entreverado de lástima, puesto que Jacinta sabe que Fortunata no tiene la culpa y que incluso ha sufrido por la crueldad y el egoísmo de Juanito.

Jacinta se entera de la existencia de Fortunata durante su propia luna de miel, cuando su marido, tan reciente, se toma unas copas y le confiesa una aventura con otra mujer, es decir con Fortunata, asegurando a su esposa que no desea volver a ver a aquella otra. A Juan Santa Cruz le remuerde la conciencia, se arrepiente de haber abandonado a Fortunata embarazada. Se pone a llorar y pide tiernamente perdón a su esposa por no haberle confesado su desliz, pero en realidad él quisiera pedir perdón a Fortunata, la mujer ofendida y abandonada.

Escuchando todo aquello, “Jacinta temblaba. Le había entrado mortal frío, y daba diente con diente. Permanecía en pie en medio de la habitación, como una estatua, contemplando la figura lastimosísima de su marido, sin atreverse a preguntarle nada ni a pedirle una aclaración

sobre las extrañas cosas que revelaba” (229). La joven esposa está herida, despechada y tiene miedo a perder al hombre que ama. Pero, como mujer, comprende a Fortunata y no puede dejar de compadecerla. Cree que ella también tiene culpas en el abandono de aquella joven:

La esposa dio un gran suspiro. No sabía por qué; pero tenía sobre su alma cierta pesadumbre, y en su rectitud tomaba para sí parte de la responsabilidad de su marido en aquella falta; porque falta había sin duda. Jacinta no podía considerar de otro modo el hecho del abandono, aunque este significara el triunfo del amor legítimo sobre el criminal, y del matrimonio sobre el amancebamiento... (234)

Cuando Mauricia está agonizando y entre varias mujeres que la velan se hallan tanto Fortunata como Jacinta y hay momentos en que se quedan solas, la última trata de hacer conversación, porque ella no conoce a la amante de su marido. A Jacinta le había llamado la atención la belleza estremecedora de la mujer sentada a su lado y la había alarmado vagamente la mirada envenenada que ella le echaba, pero de ninguna manera pensaba que la mirada tenía justificación, creía simplemente que la mujer estaba loca. Fortunata, de carácter impulsivo, mujer inculta, que no había recibido ninguna educación, no puede contenerse y ataca a Jacinta, clavándole las uñas y diciéndole quién es. Pero Jacinta es incapaz de reaccionar de manera violenta, sino todo lo contrario: “La de Santa Cruz recobró primero la serenidad, y entrando en la sala, volvió a ponerse en el sofá. Su actitud revelaba tanta dignidad como inocencia. Era la agredida, y no sólo podía serenarse más pronto, sino responder a la ofensa con desdén soberano y aun con el perdón mismo” (1992: II, 208).

Esta actitud revela que Jacinta no llega a odiar a su rival. No la odia, sino la compadece. Está claro que Jacinta preferiría que Fortunata no existiera —¿y quién podría culparla?—, pero es una mujer demasiado noble, no puede odiar.

Cuando se esconde en el gabinete contiguo, para escuchar furtivamente la charla de Guillermina con Fortunata, a Jacinta sí le indigna la actitud impertinente y despiadada de la amante de su marido, según la cual ella no vale nada, puesto que no puede darle un hijo a Juan. En ese momento de ira, asombro, turbación y dolor, Jacinta pierde los estribos y, cuando es capaz de hablar, grita e insulta a su rival, manifestando asimismo cierta descortesía hacia su amiga filántropa:

¡Bribona... infame, tiene el valor de creerse!... no comprende que no se la ha mandado... a la galera, porque la justicia... porque no hay justicia... Y usted... (por Guillermina) no sé cómo consiente, no sé cómo ha podido creer... ¡Qué ignominia!... Esta mujerzuela aquí, en esta casa... ¡qué afrenta!... ¡Ladrona...! (252)

El autor apunta que Jacinta está en esta ocasión “poseída de la rabia de paloma que en ocasiones le entraba” (252). Galdós trata de suavizar la reacción de su heroína, para que el lector la mire con indulgencia y no le tome en cuenta la actitud descontrolada; cualquiera la hubiera tenido.

#### ***4.2. El odio de Fortunata por Jacinta***

En cambio, Fortunata sí odia a Jacinta. La odia y la envidia, no le perdona haberle quitado al hombre que ama. Le echa la culpa de su estado, cree que por culpa de Jacinta la ha abandonado Juan Santa Cruz a ella: “Ella es la que me hace desgraciada, robándome a mi

## AIC

marido... Porque es mi marido: yo he tenido un hijo suyo y ella no... Vamos a ver, ¿quién tiene más derecho?” (83). Ese hijo le confiere cierta superioridad, Fortunata piensa que ella es mejor que Jacinta. En otra ocasión dirá: “Esposa que no tiene hijos, no es tal esposa” (247). Nunca perdona a Jacinta; cuando velan juntas la agonía de Mauricia, Fortunata, en su imaginación, no puede dejar de dirigir a su rival estas palabras que nunca pronuncia: “Porque tú me quitaste lo que era mío... y si Dios hiciera justicia, ahora mismo te pondrías donde yo estoy, y yo donde tú estás, grandísima ladrona...” (192).

Fortunata trata continuamente de rebajar, de envilecer a Jacinta. Cuando una amiga, Aurora, la asegura que Jacinta tiene un amante, Fortunata se lo cree enseguida. En realidad, Fortunata siempre había dudado de la virtud de su rival, siempre había pensado que Jacinta no era tan fiel como pretendía todo el mundo:

¿Virtuosa?, tié gracia... Ninguna de estas casadas ricas lo es ni lo puede ser. Nosotras las del pueblo somos las únicas que tenemos virtud, cuando no nos engañan. Yo, por ejemplo... verbigracia, yo. Entrole una risa convulsiva. ¿Y de qué te ríes, pánfila?-se dijo a sí misma-. Más honrada eres tú que el sol, porque no has querido ni quieres más que a uno. ¿Pero estas... estas?... Ja ja ja. Cada trimestre hombre nuevo, y virtuosa me soy. ¿Por qué? Pues porque no dan escándalos, y todo se lo tapan unas con otras. ¡Ah!, señora doña Jacinta, guárdese el mérito para quien lo crea; usted caerá... tiene usted que caer, si no ha caído ya. (84)

No hay duda de que Fortunata envidia a Jacinta, quisiera ser Jacinta, para ser fina, para ser casada con Juan Santa Cruz y para poseer todo lo que posee su rival. No puede dejar de escrutar la ropa que lleva la señora de Santa Cruz y que le encantaría poder llevarla ella:

Fortunata [...] examinó con curiosidad a la esposa de aquel, fijándose detenidamente en el traje, en el abrigo, en el sombrero... No le parecía propio venir de sombrero; pero por lo demás, no había nada que criticar. El abrigo era perfecto. La de Rubín hizo propósito de encargarse el suyo exactamente igual. Y la falda, ¡qué elegante! ¿Dónde se encontraría aquella tela? Seguramente era de París. (193)

Por un lado, Fortunata odia a Jacinta. Por el otro, muy a pesar suyo, admite que es una mujer digna, cuyos numerosos méritos están a la vista. A Fortunata, Jacinta le inspira sentimientos encontrados.

Cuando está a punto de casarse con Maximiliano Rubín y pasa una temporada en el convento de las Micaelas, para refinarse y para aprender a hablar como las personas decentes, de manera que su futuro marido no se avergüence al presentarla a sus amistades, Fortunata tiene la oportunidad de apreciar y tocar objetos donados por Jacinta al convento. Ahí se entera de que su rival era “una mujer muy mona: lo tenía todo, bondad, belleza, talento y virtud” (1992: I, 622). El día del Corpus, Jacinta visita el convento, junto con otras señoras nobles o simplemente ricas, para enterarse de las necesidades de las monjas y hacer donaciones. Es la primera vez que Fortunata tiene la oportunidad de verla. La sorprenden la belleza, la elegancia y la decencia de la señora de Santa Cruz. De todas aquellas mujeres distinguidas, ninguna le parece “tan señora como la de Santa Cruz” (625). Por eso, la invade “un deseo ardentísimo de parecerse a Jacinta, de ser como ella, de tener su aire, su *aquel* de dulzura y señorío” (625).

Durante la agonía de Mauricia, Fortunata ve a Jacinta junto con la pequeña Adoración, hija de la moribunda, a la cual la señora de Santa Cruz ayuda económicamente y mimosa amorosamente. Jacinta deja a la niña entrar sola en la habitación de su madre y se niega a acompañarla. Fortunata comprende perfectamente la razón de esa actitud: “Era un sentimiento de modestia y delicadeza. Quería sustraerse a las manifestaciones de gratitud de la pobre enferma, y evitarle a esta el sonrojo de su desairada situación como madre” (1992: II, 193). La amante de Santa Cruz trata una vez más de rebajar burlescamente para sus adentros el mérito de su rival: “¡Qué remilgos estos! Cuando digo que me cargan a mí estas perfecciones... ¡Qué monas nos hizo Dios!” (193). A pesar de estos pensamientos, Fortunata reconoce la nobleza del gesto lleno de generosidad y de delicadeza.

En numerosas circunstancias reconoce Fortunata que Jacinta es digna de alabanza, pero siempre concluye que ella habría sido aun más merecedora, si hubiera tenido otra vida: “Ella es una mujer de mérito y yo he sido una perdida... Pero yo tengo razón, y perdida o no, la justicia está de mi parte... porque ella sería yo, si estuviera en mi lugar...” (208).

En una charla que tiene más tarde con la noble Guillermina, la filántropa, Fortunata le confiesa sin tapujos su admiración por Jacinta: “Si a mí me gusta, si quisiera parecerme a ella en algunas cosas...” (247).

### **5. La reconciliación**

Por más que quiera envilecerla, Fortunata se da cuenta de la generosidad de Jacinta. Sabe que la dama adora a los niños y que ha socorrido a muchos niños pobres. Por eso, después de dar a luz al segundo hijo de Juan Santa Cruz, cuando comprende que se va a morir por la hemorragia provocada por el parto, Fortunata deja a su hijo recién nacido a Jacinta, con una afectuosa carta, dictada con sus últimas fuerzas. Justifica su decisión de esta manera: “yo se lo quiero dar, porque sé que ha de quererle, y porque es mi amiga” (521). No se muere antes de recibir los calurosos agradecimientos de Jacinta, que Guillermina le transmite.

Galdós asegura a sus lectores que al final, separadas por el misterio de la muerte, las dos mujeres dejan de odiarse: “Con la muerte de por medio, la una en la vida visible y la otra en la invisible, bien podría ser que las dos mujeres se miraran de orilla a orilla, con intención y deseos de darse un abrazo” (532).

### **6. Conclusiones**

Está de más explicar que Fortunata y Jacinta son dos mujeres muy distintas y dos grandes rivales. Son la amante y la esposa, respectivamente, de Juan Santa Cruz, al que las dos aman.

No se puede negar que cada una desearía que su rival no existiera.

Pero, al mismo tiempo, tienen algo en común, ese amor por el mismo hombre las une. A esto se añaden los tantos momentos de tristeza que aquel hombre provoca a cada una de ellas. Es inevitable que las dos mujeres se sientan solidarias.

Ninguna de ellas profesa un odio profundo a la otra. Jacinta compadece a Fortunata, mientras Fortunata admira a Jacinta. Solamente un gran escritor como Galdós es capaz de desentrañar tantos sentimientos encontrados.

### **BIBLIOGRAFÍA:**

- AUB, Max (1978). *Manual de historia de la literatura española*. Madrid: Akal.
- CAUDET, Francisco (1992). *Introducción*. En Benito PÉREZ GALDÓS, *Fortunata y Jacinta* (pp. 11-86). Madrid: Cátedra.



## AIC

DEL RÍO, Ángel (1982). *Historia de la literatura española*. Vol. 2. Barcelona: Bruguera.

MENÉNDEZ PELÁEZ, Jesús et al. (2005). *Historia de la literatura española* (vol. III). León: Everest.

PÉREZ GALDÓS, Benito (1992). *Fortunata y Jacinta*. Vol. I-II. Madrid: Cátedra.

ZAMBRANO, María (1989). *La España de Galdós*. Madrid: Endymion.